San Carmelo

Sebastián A. Fernández Russomando

Primera edición, junio de 2026
© Sebastián A. Fernández Russomando, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 979-13-88206-56-6
THEMA: FBA - FXM - FXD - FXL
DEPÓSITO LEGAL: M-14544-2026

San Carmelo

Sebastián A. Fernández Russomando

Avant
editorial

A ustedes,
que allá donde estén,
estén sonriendo.

Día soleado. Pueblo pequeño, melancólico, derruido por el paso del tiempo que ha hecho mella en el mismo pueblo y en las personas que lo habitan.

Casas con persianas bajas con hendijas donde se pelea la luz por entrar y las viejas por espiar. Un dejo de olor a meo en cada una de las esquinas, Bobby el perro tuerto correteando de un lado para el otro buscando algún resabio de comida. Algún grito aislado de unos niños jugando.

Son las dos de la tarde de un domingo, pierde su equipo favorito 3 a 0. En este entorno Juan pasa por la puerta de la iglesia, se persigna, mira al cielo y blasfema. Cruza la calle, vuelve la mirada al suelo y entra al San Carmelo, lo recibe Amanda, la madama del lugar. Atenta. Segura de si misma. Juan pregunta por la chica de siempre, Amanda le da un beso en la mejilla y le dice que espere.

Martín es un *habitúe* del San Carmelo; cada vez que libra en el bar va hacia allá. Borracho. Sucio y de mal humor. Las chicas quieren estar con él porque siempre acaba rápido y se queda dormido. Tiene un párkinson que no le deja en paz.

El padre de Mercedes conoció el San Carmelo cuando fue a pintar las habitaciones. No lo frecuenta mucho. Está grande y le da vergüenza estar allí. Desde que conoció a Marta ya ni se plantea pisar el San Carmelo.

Mercedes observó por primera vez el San Carmelo cuando se bajó del bus que la trajo el pueblo. Lo miró fijo y le dio asco. Detestaba a los tipos que iban de putas. No podía entender cómo alguien podía llegar a pagar por sexo.

Marta le tenía mucho cariño al San Carmelo. Su madre trabajó allí y fue feliz. Nunca entró, pero le gusta cruzarse con Amanda y que le cuente anécdotas de su madre. Ya hace tiempo que no ve a Amanda. Marta no sale de su casa.

Julen solo fue al San Carmelo a entregar cartas. No le gustan las putas ni la gente. Julen no bebe alcohol, monta en bicicleta y nunca tuvo sexo con otras personas.

Amanda se refugia en el San Carmelo, está cansada. Harta. Su vía de escape es su marido Jacinto, quien después de más de 50 años de casados aún la sigue queriendo y escuchando cada una de las historias que Amanda tiene para contar.

MARTÍN

Hijo de una madre resignada que lo amaba y de un padre borracho, machista y violento.

La madre soportaba al padre de Martín solo por Martín, y por una especie de amor enfermo que sentía. No podía escaparse de esa relación. No sabía hacerlo.

El padre de Martín era un tipo despreciable, ruin.

En una de sus tantas borracheras agarró a Martín de la mano, quien en ese entonces tenía 6 años, lo sentó en la silla y le contó que el día de su nacimiento su madre había tenido más de ocho horas de trabajo de parto, que por culpa de él ya no querían tener más hijos. Martín, sin entender mucho todavía, se atrevió a preguntarle al padre dónde estaba él mientras esto sucedía, el padre con una mueca de sonrisa en la cara le responde que estaba escuchando por radio el partido de fútbol, un partido que había terminado empatado en 0, y que luego de esto fue al bar a esperar que él naciera. Martín seguía sin entender mucho ni la conversación ni el porqué estaban hablando de esto, le pide permiso para levantarse de la silla y se va a abrazar a su madre.

Tenía unos 7 años, exactamente 7 años, cuando acompañaba a su padre de bar en bar a repartir licores, barriles de cerveza (que más de una vez ha tenido que cargar) y tabaco de contrabando. Martín no disfrutaba nada estar con su padre, lo que lo consolaba era estar en el carro con el caballo, lo cuidaba, lo quería, realmente lo sentía su mejor amigo, cada fustazo que su padre le pegaba

a Cochise (su padre nunca le puso nombre ya que despreciaba a los animales, pero Martín en secreto y con la complicidad de su madre y siendo fanático de Bonanza lo bautizó así) él lo sentía como propio; de hecho, su padre, más de una vez le ha dado con la fusta a él sin importar demasiado el motivo. Le pegaba si hablaba lo que consideraba más de la cuenta. Le pegaba si se quedaba muy callado o respondía con monosílabos ante la pregunta de algún cliente asqueroso de un bar. Con la madre era igual, todo le molestaba, si la comida estaba fría se molestaba, si estaba caliente o tibia también.

Siempre tenía una excusa para enojarse y levantarles la mano.

El padre de Martín no sentía ningún remordimiento. No sentía culpa. Ni siquiera en las pocas noches de sobriedad se detuvo un segundo a pensar si lo que hacía estaba mal o lastimaba a su familia. Era un ser detestable.

Martín jamás olvidará esa tarde que su padre le pegó muy fuerte al caballo para que anduviera más rápido debido que tenía muchas entregas por realizar. Cuando terminó la jornada Martín le regaló unas zanahorias a Cochise, lo besó y le prometió que siempre estarían juntos, su padre observó esa escena y les propinó una paliza a los dos, cuando terminó de hacerlo dijo: «esto me duele más a mí que a ti». Esta frase era mentira y no tenía sentido. El padre de Martín no sentía dolor emocional por nadie.

Pasaron los años y así creció, entre Bonanza, el reparto, el abrazo tierno de su madre y creyendo que los golpes iban de la mano con el amor, que los golpes eran para ayudar y para corregir errores, así creció y se crió, con la filosofía del padre en donde las mujeres y los animales valían poca cosa. Con todo esto encima se las ingenió para seguir dándole de comer a Cochise a espaldas de su padre, de hecho, ya no le tenía miedo a su padre, no sabe bien qué extraña sensación lo abordaba, pero el miedo no era una de ellas.

Desde pequeño a Martín le comenzó a crecer como un cáncer con metástasis un deseo profundo de ver a su padre muerto para que de una vez y para siempre dejara de atormentarlos a él, a su madre y al querido Cochise. Definitivamente no le tenía miedo, más bien, odio, asco, rencor.

Sus horas pasaban entre la cara de recio de su padre, las charlas con Cochise cuando su padre lo dejaba esperando horas y horas fuera del bar hasta que este dejase de beber y coquetear con mujeres, y el rostro tímido, pálido, triste y resignado de su madre En este contexto fue creciendo y gracias a su propia inteligencia y a la ayuda de su madre se adaptó bien a la escuela (aunque al ser solitario no frecuentaba a muchos amigos), las notas le iban bien, muy bien, salía de allí y acompañaba a su padre al reparto, cada vez le costaba más ir al reparto, pero sentía la necesidad de cuidar de Cochise. Cada vez que estaba con Cochise a solas se sentía como su ídolo Michael Landon.

Llegó un día en el que con 11 años su maestra le comunicó que iba a ser abanderado. Martín esperó con ansias el fin de clases y salió corriendo para contárselo a su madre, él no se sentía muy orgulloso de esto, pero sabía a ciencia cierta que a su madre la haría la mujer más feliz del mundo. Abrió la puerta de la casa, estaba tan eufórico que empezó a hablar sin mirar a su madre hasta que se tranquilizó y su mirada se encontró con la de su madre, quien estaba entre sollozos con la palma de su mano blanca y pequeña tapándole la cara. Sin dejarle hablar le dijo que no gritase, que su padre se sentía mal y estaba durmiendo y no quería ser molestado, que después le contase las novedades de la escuela. Su padre se despertó, en un grito pidió café con leche (más leche que café) a su mujer, Martín como por arte de magia e intentando que su madre esté mejor y con una ingenuidad propia de un niño de 11 años le sonrió a su padre y madre y les contó que lo eligieron a él entre más de 35 niños para ser abanderado, su madre se puso a

llorar de emoción olvidando lo que antes le había hecho su marido y su padre con la voz parca de siempre le gritó:

—No te sirve ni mierda, a partir de mañana abandonas la escuela, te haces cargo del reparto tú, que yo ya no puedo más de los dolores de espalda con ese carro de mierda y ese caballo que está a punto de morir.

La madre se levantó de la silla sin pedir permiso y se puso a hacer la cena, Martín con cara de contrariado y con todas sus fuerzas solo le deseó la muerte a su padre y se fue a ver a Cochise.

Luego de este día la cara de su madre cambió para siempre. Martín conocía ese rostro, no era de miedo, ya no era más de miedo, sino de odio, la misma cara que desde hacía años él tenía cada vez que veía a su padre.

Fue un martes de mayo, nublado, gris, poca gente en la calle, era ya su tercer día solo en el reparto. Comenzó a llover y cuando Martín decide apurar a Cochise para que no se mojen, este dejó de caminar, se quedó quieto, inmóvil. Giró la cabeza mirando a Martín, cayó sobre el asfalto y murió. Martín estuvo tirado junto a él en la calle por horas, mirándole a los ojos con tristeza, pero con el alivio de saber que ya no iba a sufrir más, le pidió la camioneta a uno del bar, montaron a Cochise y lo llevaron al campo, Martín se encargó de cavar el pozo para Cochise, no quería recibir ayuda de nadie. Acabó el pozo, enterró a Cochise, tapó el pozo de mala manera y se marchó caminando a su casa. El parroquiano del bar que lo había llevado en la camioneta le preguntó si quería que lo lleve de vuelta a su casa, Martín muy orgulloso le dijo que no, que prefería ir solo.

Cansado, sucio y de mal humor, entra a la casa sin saludar y sin percatarse del entorno que pronto lo atraparía; abre la nevera, bebe agua, voltea la mirada y observa a su madre cubierta de sangre. Estaba golpeada y temblando. El primer pensamiento fue que su padre le había dado otra paliza, hasta que pudo bajar la

mirada hasta la mano blanca y pequeña de la madre y observó el cuchillo, levantó nuevamente la mirada y pudo ver el rostro de su madre como nunca antes, tenía los ojos bien abiertos, la mirada fija en el suelo sin pestañar, la notaba descansada, sin esa tensión que la había agobiado por años y años; al bajar por última vez la mirada pudo observar en el suelo a su padre cubierto de sangre, sin respirar y con un gesto adusto en el rostro. Martín miró a los ojos a su padre ya muerto y pudo observar con claridad cómo la mirada de su padre desprendía miedo. Era una mirada profunda, gris, llena de terror.

Era la mirada de alguien que supo en el último respiro que ya no descansaría en paz nunca más.

El olor a sangre impregnaba toda la casa, pero esto no lo amedrentó a Martín, rápido de reflejos reaccionó, sentó a su madre en la silla quien estaba estupefacta, cubrió a su padre con una sábana, metió el cuchillo dentro de la sábana y con la fuerza que la adrenalina le daba subió a su padre al coche pequeño que su padre había comprado, no servía para el reparto pero sí para llevar a su padre hasta el San Carmelo. Martín casi no llegaba a los pedales, pero lo arrancó y condujo hasta donde estaba Cochise enterrado. Removió la tierra donde hacía pocas horas había enterrado a Cochise y tiró a su padre dentro del pozo.

Enterró a su padre junto al caballo como una manera de vengarse de él, le aliviaba pensar que su padre nunca descansaría en paz al estar enterrado junto a un animal.

Esta vez se cercioró de que el pozo quedase bien tapado, nadie sospecharía, ya que sabían que habían enterrado a Cochise allí.

Ya de madrugada llegó a su casa sonriendo como nunca antes lo hizo, su madre estaba exactamente en la misma posición que él la había dejado, con la salvedad que ahora sí, él estaba seguro que ella sonreía.

Martín limpió la casa como un profesional del hampa mientras su madre seguía estática, le dijo a su madre, quien todavía no había dicho ni una sola palabra, que se quedara tranquila, que iba a llamar a la policía y lo darían por desaparecido. Efectivamente esto sucedió, en el pueblo se sabía de las aventuras amorosas del padre de Martín, y entre la desidia de la policía y los rumores de que efectivamente se había escapado con una prostituta, cerraron el caso si ningún tipo de investigación y con la declaración de Martín y su madre.

Martín aún conserva el coche aunque desde ese día no lo utilizó nunca más.

La vida para Martín siguió normalmente, continuó con el reparto, nunca sintió remordimiento por lo sucedido, estaba convencido que ese martes de mayo fue el mejor día de su vida y el de su madre. En esto último se equivocaba, su madre ya no pudo seguir, la carcomía por dentro el dolor y la culpa, el odio hacia ella misma ya no la dejaba respirar, la angustia era muy fuerte. Martín estaba tan encerrado en sí mismo con la idea de que su padre ya no estaba y que con eso los problemas se habían acabado que olvidó los sentimientos de su madre.

Transcurrieron 5 años desde el hecho. La madre de Martín seguía en silencio la mayor parte de tiempo, ya no salía de la casa y se dirigía a su hijo solo para comentarle las cosas esenciales del día a día. Martín pensó que esa actitud de la madre se debía a una especie de «luto respeto» al finado, para que los vecinos no sospechasen, su mente y su cuerpo creyó ese pensamiento hasta que un día de un sol intenso, el cielo azul, hermoso, entró a su casa y observó a su madre pálida, calmada, en paz.

Se había ahorcado en el baño de su casa, él la bajó, intentó reanimarla, pero ya era tarde, había muerto.

En la mesa dejó una carta que solo rezaba:

Hijo mío, sé feliz, te amo más que a mi vida, por ello no puedo permitir que me sigas viendo triste, amargada, prefiero verte feliz e irme con el hijo de puta de tu padre; donde estemos, seguro no me hará más sufrir, piensa con el corazón cada paso que hagas, no le hagas daño a nadie, y disfruta de las cosas que te da la vida, no cometas mi error; lo siento.

Mamá

Martín leyó la carta una vez, apretó fuerte el papel entre sus manos y por miedo quemó la carta y llamó a la policía, unos vecinos le ayudaron con los trámites del entierro. Hasta el último día de su vida no derramó ni una sola lágrima más.

Ya tenía 25 años y trabajaba en el bar, con las crisis del pueblo los bares fueron cerrando y los dueños de estos compraban las mercaderías en los grandes almacenes, el poco reparto que les llegaba se lo hacían los mismos almacenes con camionetas mejores que el caballo que él había conseguido después de Cochise, tuvo la suerte o la desgracia que el dueño de un bar le ofreció ser camarero, no le quedaba otra que aceptar, con algo tenía que pagar el cigarro, las putas y la ginebra.

Un día de otoño llovía incansablemente, los árboles lucían tristes con sus copas caídas y sus ramas de color grisáceo, ya no se escuchaban pájaros cantar, se abre la puerta del bar y entra ella, hermosa, imperfecta, Martín la observó, se quedó paralizado, no podía dar crédito a lo que le estaba pasando, a lo que estaba sintiendo, jamás había experimentado una sensación parecida, él salió de atrás de barra y le preguntó a ella qué necesitaba, ella le respondió que su coche de golpe se quedó detenido y ya no

arrancó más, él fue a verlo con aires de mecánico (lo único parecido que había hecho alguna vez fue cambiarle las herraduras a Cochise), le pidió a ella que abra el capó y el destino le hizo un guiño, de esos que no se pueden dejar pasar, los cables de la batería estaban flojos, él hizo todo el paripé, se ensució cara y manos a propósito, ajustó los cables y le pidió que arrancara el coche, el sonido del motor fue en ese momento como una melodía de Mozart. La invitó al bar a tomar algo caliente, y le preguntó qué es lo que estaba haciendo en el pueblo, ella le comentó que se dirigía al pueblo de al lado que estaban por construir la «montaña rusa que no paraba de dar vueltas» en un parque de diversiones y que como estaba sola y sin trabajo era una buena oportunidad para conseguir uno.

Después del café caliente, siguieron las cervezas, ella le comentó (con pocas ganas y entusiasmo) que debía irse, que no conocía la carretera y que conducir de noche con un coche averiado no era su mejor plan, él pestañó y cuando abrió los ojos se encontraba en su cama, desnudo, abrazado junto a ella y aunque le costaba admitirlo, se sentía realmente bien, por primera vez se sentía deseado, sentía esa hermosa sensación de haber despertado la curiosidad en una mujer, que por primera vez el anhelo del amor era real.

Ella se levantó con una sensación de seguridad, confianza y plenitud, se tomaron el café en el desayuno y él le comentó que en el pueblo de al lado no había nada para hacer, que se trataba de un pueblo de fracasados, mediocres y artistas de poco monta y que seguramente el parque de diversiones sería un fracaso, le expresó también que se quedara aquí, que le conseguiría un trabajo de camarera en el restaurante del pueblo. Sin pensarlo demasiado ella le respondió que sí, volvieron a hacer el amor y se durmieron, sonriendo.

No pasó mucho tiempo hasta que ella se quedó embarazada, tuvieron la niña y ya Martín literalmente le prohibió que siga trabajando, que el lugar de una madre era el de criar a la niña en la casa.

Había nacido una niña hermosa, rubia, con rizos preciosos, ojos color miel bien redondos y una sonrisa que alegraría hasta al último de los desgraciados.

Al principio la mujer de Martín aceptó lo que él le imponía. Lo aceptó sin más. Le gustaba estar con su hija y verla crecer.

Cuando los malos humores de Martín, sus borracheras, sus malas contestaciones, sus gestos violentos, su destrato, se hicieron cada vez más intensos y frecuentes ella ya no aguantó más, quería ser feliz.

Con Martín eso sería imposible.

Armó las maletas, hizo la comida preferida de Martín, limpió la casa y se marchó junto a su pequeña hija. Se marchó sin mirar atrás. Sin miedo. Con dolor, pero con la convicción de que lo que estaba haciendo era lo mejor para ellas.

Hoy Martín no es capaz de distinguir que clases de sentimientos le abordan. Pasa del enfado a la tristeza de un segundo a otro. Sigue sin entender el porqué de su párkinson o el porqué de su vida de mierda.

Hoy Martín está solo, jodidamente solo y con ganas de morirse.

CAPÍTULO I

El padre de Mercedes frecuenta muy a menudo el bar de Martín, aunque no se llamaba así ni Marín era el dueño, pero se lo conocía de esa manera. Era el único bar del pueblo. Lo otro que había era una especie de restaurante para gente de otra clase social.

El padre de Mercedes ya se había acostumbrado a su carácter lúgubre y sucio, a la cara de la gente desencajada por el alcohol, las penas y el olvido.

En el bar habitaban gentes con la mirada errante, perdida, como mirando con tristeza ese mundo que se les fue de las manos y ya no recuperarán. Ni el padre de Mercedes ni ninguno de los parroquianos saben muy bien por qué van al bar, tampoco saben dónde estarán mejor que allí.

Entra al bar, transita el momento entre la puerta y la barra del bar con la mayor hidalguía posible, agarra un taburete ya desgastado, lo acerca a la barra, pide una copa de lo que Martín el cantinero quiera servir, generalmente sirve whisky, tira más en la barra que en el vaso, ese párkinson lo está matando.

El padre de Mercedes habla con el viejo que siempre abre el bar y lo cierra. Comienza pidiendo un café y acaba con ginebra. Al padre de Mercedes le caía bien el viejo, hablaba poco y le sonreía. Con eso le bastaba.

Marta, 53 años, viuda y con un hijo bien canalla de 30 años que no la visita, no la llama, ningún tipo de contacto desde hace 2 años, el porqué es fácil, en sus ínfulas de chico que piensa que el pueblo le queda pequeño y que no es para alguien de su sabiduría e inteligencia, se fue a la gran ciudad para alejarse de «ese pueblo lleno de fracasados y mediocres» tal y como lo describió ante ella antes de partir.

El hijo de Marta logró llegar a la gran ciudad, una ciudad que él merecía. Una ciudad a la altura de lo que él necesitaba.

Hoy trabaja en una residencia de ancianos limpiando culos ajenos. Comparte habitación con tres personas más y tiene deudas de juego.

Para Marta el tema de su hijo es un capítulo cerrado. Un capítulo que le duele mucho pero que ha cerrado. Ya no podía lidiar con todo, algo tenía que soltar y las actitudes del hijo hicieron que ese soltar sea menos doloroso.

Marta sigue esperando la carta, sigue esperanzada con poder salir de la casa y verlo, de sentirlo, de conversar con él una vez más. Su esperanza es cada vez más vaga. Sus ganas de salir de la casa, igual. Se está resignando poco a poco a lo que tiene y a lo que es. La vida le había dado ya muchos golpes, no quería más. Cree que no será capaz de soportar más desengaños.

Desde pequeña había estado lidiando con la enfermedad de su madre, con las monjas y con sus propias miserias. Ya había podido pasar página en lo que respecta a su hijo. Pero ya no tenía más fuerzas. Esas cartas eran la única esperanza que ella mantenía y que alimentaban su deseo de estar bien.

El único pensamiento positivo que le habita es cuando piensa en la suerte que tiene de haber conocido a Julen, su amigo, su confidente. La única persona que le escucha y le hace mantener latente las mínimas esperanzas que ella tiene.

Pobre Marta.

Julen, el cartero, siempre contento, alegre, con su bicicleta inglesa roja, sus pocos pelos rubios, sus ojos celestes como esos lagos de postales sureñas, siempre saludando a todos con la mejor de sus sonrisas que ilumina hasta al más triste de los desgraciados.

Termina su jornada, estaciona la bicicleta fuera (a sabiendas que nadie se la iba a robar), entra a su casa, se saca la ropa, enciende la radio, y mientras se masturba lee todas y cada una de las cartas que nunca entregará.

Cartas que odia leer pero que a la vez le dan un placer inmenso. Cartas que hoy le hacen sentir vivo. Cartas que le hacen sentir una culpa espantosa, culpa que hay días en que lo ahogan y días en que le ayudan a respirar.

Son las 8 de la mañana, Juan despierta luego de otra noche de insomnio. No paraba de pensar nuevamente en ese amor perdido, en esa sensación horrible y placentera de muerte que lo rodea todo el tiempo, se lava la cara, se mira al espejo, imposta una sonrisa falsa, se lava los dientes, se rasca la poca barba que tiene, se cambia y sale a trabajar.

Juan es dibujante, dibuja caricaturas en la plaza mayor del pueblo para la gente que va llegando, ya que queda de paso del pueblo contiguo que tiene la gran y maravillosa «montaña rusa que no para de dar vueltas», un éxito sin precedentes jamás visto por esas partes del mundo.

Nunca cambia su rutina, se sienta en su silla verde con paja deshilachada, pone otra no menos presentable para la gente que desee un dibujo o una caricatura. Arma el atril, acomoda los lápices, las gomas y los papeles. Siempre todo bien acomodado. Esa rutina le da seguridad.

Juan era un muy buen dibujante, como su padre.